

ARCHIMANDRITA SOPHRONY

VER A DIOS
COMO ÉL ES

Autobiografía espiritual

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2002

Tradujo Joaquín Maristany
sobre el original ruso *Videt Boga kak on est*

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

- © Derechos mundiales del texto del Archimandrita Sophrony:
Stavropegic Monastery of Saint John the Baptist, Essex (Gran Bretaña) 1986
- © Ediciones Sígueme S.A., 2002
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1467-X

Depósito legal:

Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos

Impreso en España / UE

Imprime: Gráficas Varona

Polígono El Montalvo, Salamanca 2002

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
1. La gracia del recuerdo de la muerte	13
2. Del temor de Dios	23
3. Del arrepentimiento	29
1. Principio general	29
2. Arrepentimiento y combate espiritual	44
4. Del llanto espiritual	55
5. Fluctuaciones en la búsqueda de lo inmutable	65
6. La felicidad de conocer el camino	73
7. Exposición sumaria de la vida de nuestro espíritu	107
8. De la libertad espiritual	125
9. De la inspiración	135
10. De la kénosis y del abandono de Dios	139
1. Experiencias ascéticas	139
2. El caso de san Silouan	150
11. Amar a Dios hasta odiarse a sí mismo	159
12. De la Luz increada	169
1. El camino hacia la visión	169
2. Naturaleza de la Luz	183
3. Experiencias vividas	194
13. Del principio personal en el Ser divino y en el ser humano	207
14. La oración litúrgica	243
15. La lengua litúrgica	259
16. La oración de Getsemaní	263
17. De la oración en la que Dios-Verdad se revela	273
<i>Posfacio</i>	289
<i>Epílogo. Teología de la persona</i> (J. Maristany)	
1. Una autobiografía teológica	291

2. El tema de la persona	294
a) El principio personal en Ex 3, 14	294
b) Negación de la persona en la gnosis	297
c) Revelación de la persona	299
3. Persona y «perspectiva invertida»	300

PREFACIO

En el Evangelio, el Señor nos ha mandado no hacer oración, limosna, ayuno ni otra obra buena alguna «de cara a los hombres», considerando esto como una búsqueda hipócrita de vanagloria por nuestra parte. Nuestro Padre celeste, «que está en lo secreto... y ve lo secreto» (Mt 6, 1-8), no ve con agrado tales acciones. Y no sólo el mandamiento de Dios ordena esconder nuestra vida interior a ojos extraños, sino que un cierto pudor espiritual, como imperativo categórico, prohíbe profanar el secreto del alma, que está en la presencia de Dios. La oración de arrepentimiento delante del Altísimo es el lugar más íntimo de nuestro espíritu. De ahí el deseo de ocultarse en alguna parte bajo tierra, para que nadie nos vea y nadie nos escuche; para que todo quede entre Dios y el alma. Así viví yo los primeros diez años de mi arrepentimiento en presencia del Señor. Y una amarga experiencia, además, me ha mostrado repetidas veces que no es conveniente volver conscientemente sobre uno mismo, pues caemos víctimas de la vanidad o de la autocomplacencia. De este movimiento de nuestro espíritu resulta el abandono de Dios.

Sin embargo, desde que fui nombrado padre confesor en el Monte Athos —hace más de cuarenta años—, al aclarar a los padres ascetas que llegaban a mí sus problemas espirituales, les daba con esto mismo la posibilidad de escuchar las experiencias que me habían sido concedidas de lo Alto. Y cuanto más se prolongaba mi servicio espiritual, mejor sabía abrirme a mis hermanos. Ahora, en mi ancianidad, al acercarse mi partida de este mundo, abrumado día y noche por achaques corporales, he llegado a ser menos vulnerable a los juicios de los hombres. Por esta razón, he decidido abrir a muchos más lo que celosamente había preservado de la mirada ajena.

Mi camino y mis experiencias, por sus características propias, probablemente no son del todo habituales. Sin embargo, su contenido esencial me ha permitido comprender la situación trágica de millones de seres dispersos por toda la faz de la tierra. No está excluida, por lo tanto, la posibilidad de que mi confesión –o, mejor dicho, mi autobiografía espiritual– ayude siquiera a algunos de ellos en las pruebas que les asaltan.

«El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo lo que nace del Espíritu» (Jn 3, 8). Lo acontecido conmigo no fue efecto de mi iniciativa; no, claramente no. Dios, en su providencia, conocida sólo por él, tuvo a bien visitarme y permitir que me asomara a su Ser eterno. Su santa mano me arrojó –a mí, que no soy nada– implacablemente a un abismo indescriptible. «Allí», con admiración rayana en el terror, fui testigo de realidades que superan mi razón. Sobre esto pretendo hablar en las páginas que siguen.

Mis experiencias no fueron asimiladas inmediatamente por la reflexión. Pasaron decenas de años hasta que tomaron la forma de conciencia dogmática. Antes de que Dios me visitara, cuando leía el evangelio o las cartas de los Apóstoles, yo no sabía verdaderamente cuánta realidad ontológica se esconde en cada palabra de la sagrada Escritura. Fue la vida misma la que me mostró que –fuera de la experiencia del Dios viviente y del encuentro con los principados y potencias rectoras de este siglo, los espíritus del mal «que habitan en las regiones celestes» (cf. Ef 6, 12)– un saber puramente intelectual no puede conducirnos a aquello que es el sentido mismo de nuestra fe: el conocimiento vivo del Ser primero, es decir, de Dios, entendiendo por «conocimiento» el acceso a la realidad misma de su eternidad: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Jn 17, 3).

En las horas en que el amor de Dios me tocaba, yo «reconocía» a Dios en él: «Dios es amor y, permaneciendo en el amor, en Dios permanecemos, y Dios en nosotros» (1 Jn 4, 16). Después de la visita de lo Alto, yo leía el Evangelio con una comprensión distinta de la que tenía antes: profundamente agradecido, me alegraba de encontrar allí una confirmación de mi propia experien-

cia. Estas coincidencias maravillosas entre los momentos más esenciales de mi conciencia de Dios y los contenidos de la revelación del Nuevo Testamento son infinitamente preciosas para mí. Eran un don del cielo: el mismo Dios oraba en mí. Pero yo vivía todo esto como si fuera «mi propio» estado.

Fui bautizado a los pocos días de ser dado a luz. Según el rito de nuestra Iglesia, con este sacramento se extendió sobre todos los miembros de mi cuerpo «el sello del don del Espíritu santo» ¿No me salvó este «sello» de errar por caminos perdidos? ¿Y no fue la causa de las muchas «coincidencias maravillosas» entre mis experiencias y el espíritu de la Revelación evangélica?

En este libro fijo mi atención en la descripción parcial de ciertas experiencias que me fueron concedidas. Sin embargo, paralelamente a esto considero importante decir que todo el curso de mi vida en Dios me ha llevado a la convicción de que cualquier desviación de nuestra conciencia intelectual de la recta comprensión de la Revelación se refleja inevitablemente en las manifestaciones de nuestro espíritu en la vida diaria. En otras palabras, verdaderamente una vida justa está condicionada por ideas correctas sobre Dios, sobre la santa Trinidad.

Así pues, me entrego con confianza a cada lector, con la esperanza de que él se acordará de mí en sus oraciones al Padre «que está en los Cielos».